



Manuel López Casquete

la fuente de la que nacieron
las estrellas

Prólogo de Rafael Redondo Barba



Desclée De Brouwer

Manuel López Casquete de Prado

La fuente de la que nacieron
las estrellas

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2022

- © Manuel López Casquete de Prado, 2022
- © EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2022
Henao, 6 – 48009 Bilbao
www.edesclée.com
info@edesclée.com
Facebook: EditorialDesclee
Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-330-3178-5
Depósito Legal: BI-0569-2022
Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

Contenido

Prólogo de Rafael Redondo Barba	11
Prefacio.	17
1. El viaje más largo del mundo	21
2. Una consciencia que se expresa	29
3. Las huellas de los pioneros	37
4. El murmullo de la acequia	51
5. El espejismo de <i>Maya</i>	59
6. Abandona todo y serás ayudado.	71
7. Caravanas hacia la misma cima	91
8. A orillas del Bósforo.	97
Epílogo.	111

Prólogo

Rafael Redondo Barba

Afinar el oído en el silencio de nuestra celda nos lo enseña todo, porque el milagro de la vida se está produciendo en nosotros a cada instante, y solo nosotros podemos paladear el sabor de ese misterio, el misterio del Universo estrellado que es mi propia naturaleza, el misterio de mi consciencia, el misterio del Ser que se expresa en mí.

Hontanar y hondura se hacen manifestación y presencia cotidiana cuando dejamos que la experiencia de lo eterno empape nuestra vida.

—Manuel López Casquete

Habitaron y habitan el planeta personas que se adelantaron muchos años —quizá décadas, o incluso siglos— al modo de sentir de su tiempo; nacieron a deshora. Precursores de una Verdad de la que son adelantados. Precursores que a su vez tuvieron sus propios precursores que pagaron con el ostracismo, cuando no con la vida, la fechoría de ver claro, o el delito de adelantarse a ver de lejos. De ahí que sus originales enseñanzas, aun siendo inocentemente claras y diáfanas, sean hasta hoy percibidas como enigmáticas, ya que la revelación de la Verdad, lejos de sobrevenirles desde creencias o escrituras establecidas como dogmas, afloraron y afloran del fondo abismal de sus adentros. Y esto provoca miedo. Más aún en una civilización —lo estamos ahora viendo— donde el miedo cotiza al alza.

Desde ese escenario escribe este hermosísimo libro Manuel López Casquete. Manuel es uno de los maestros que más ha alcanzado mi alma. Desde su silencioso decir, desde el Prefacio hasta el Epílogo, sin apenas meter ruido, en sus páginas va brotando el latir de una Presencia que, palabra a palabra, hace reaparecer al Dios que parecía oculto. Pero Manuel desvela lo escondido y nos hace mojarnos en *La fuente de la que nacieron las estrellas*. Y lo hace hasta empaparnos el alma.

Te emplazo, querido lector, a que tú mismo lo constates: una constatación que juzgo necesaria, toda vez que desde no hace mucho los occidentales examinamos nuestro porvenir sin contar ni con Dios ni con cualquier expresión de lo divino, y ello hasta el punto de que, incluso a la hora de intentar comprender aquellas épocas en que nos habitaban las divinidades, no lo hacemos sin forzarnos o hacernos violencia. En el Occidente neoliberal, el sol de Dios parece haber entrado en pleno eclipse; un eclipse que ha arrinconado la Fuente de la Vida en el desván de la conciencia colectiva.

Sin embargo, en medio de la gran muralla de la noche, sin cesar brotan grietas que destilan la luz del Gran Silencio, y este libro es una de ellas, desde la que se oye a su autor clamar:

Lleva la mirada a tu interior, querido lector. Llévela a lo profundo del corazón, cuando todo calla en la noche de tu vida.

Efectivamente, el corazón del Silencio trans-parece constantemente en las conferencias, charlas y foros universitarios, plataformas donde el amoroso afán narrativo de Dios deviene Epifanía, manifestación en cada una de estas bellas páginas donde Manuel López Casquete copiosamente nos invita a abrir los sentidos ante el sonoro latir del Ser del Silencio. Bien saben los místicos que guardar silencio no equivale a dejarse silenciar:

Callar no es dejar de decir,
 es dejar decir:
 dejarse llamar a la escucha.
 En el callar se abre la escucha,
 en lo abierto escuchamos lo que nos llamó a callar.

—Hugo Mújica

Prosigo: estamos aquí hablando de un libro singular, ya que no es un libro para leer sino para saborear con lentitud y degustarlo largo tiempo reteniéndolo en el paladar del alma, al modo como se paladea un vino noble cosechado a la medida de quien lo pide, y elaborado para ser catado a sorbo corto y lenta retención. *La fuente de la que nacieron las estrellas* es un libro, por tanto, más apropiado para posarse y reposarse sobre una mesilla de noche que para vegetar eternas noches sobre el mullido polvo de una biblioteca. Un libro que se deja sentir más que leer. Un libro que nos hace libres.

Más aún, parte el libro de un núcleo de experimentada certeza, como el pilar de este trabajo: que la experiencia del Ser de Dios puede vivirse en cada instante:

En nuestro corazón hay un eco de la primera explosión, de las estrellas, del sol, de los planetas. En nuestro corazón se asoma la entraña de la Tierra, el despuntar de la vida, los millones de amaneceres y atardeceres en que la Tierra acunó la vida hasta llegar a este preciso momento en el que somos el puro decirse de Dios, el puro mostrarse de lo eterno en un recipiente de barro [...].

Y todo el trabajo de Manuel, de principio a fin, redundaba en la transparente confianza puesta en el Espíritu, que se derrama sobre toda carne, en la Fuente de Vida que, a través de las acequias del alma, lava, acaricia y da sentido y fuerza al corazón de la existencia:

Nuestro propio corazón, nuestro propio Universo interior es también el gran Universo, sostenidos ambos por el mismo aliento universal, el aliento de la Consciencia única. El mismo acto creador que dio luz a las estrellas es el acto que nos ha creado a nosotros.

La experiencia del Ser no está sujeta a dogmas o culturas ajenas, es un derecho de nacimiento, un patrimonio de toda la Humanidad no aferrado a círculos concretos, ni a zonas geográficas determinadas, ni a la asistencia o seguimiento de enseñanzas establecidas: El espíritu sopla donde quiere. Como heraldo del Silencio, Manuel nos propone que:

Para descubrirlo no hemos de viajar a ningún lugar remoto, ni pagar elevadas sumas, porque el silencio es la total simplicidad, el lugar donde aprender lo que nadie nos puede enseñar, el descubrimiento del amanecer en nuestro propio corazón.

Jesús no cobraba, tampoco Buda, que yo sepa.

Me ha llamado la atención la metáfora de la fuente que nutre las acequias, en la que nuestro autor se detiene y me ha hecho detenerme, subrayando el afán pedagógico de ofrecernos lo mejor de sí, además del sentido transformador que late en quien bebe de la Fuente, del Gran Silencio, el transparente y bellissimo decir de Manuel, tan buen Compañero de Camino:

Exponernos al murmullo de la fuente de Ser que nos mana en las honduras del alma es arriesgarnos a que todo lo que creíamos ser se desmorone como una estatua de sal, y una comprensión radicalmente nueva de lo que somos pueda aflorar. Cuando el murmullo de la fuente que mana en lo profundo nos va empapando, nos volvemos también nosotros pura transparencia en nuestra manifestación concreta, en nuestro modo de existir.

Nuestra vida fluye entonces con un brillo del Ser, y se transforma en manifestación de Amor.

Pero además, con el descubrimiento del brotar del Ser en nuestra hondura aprendemos a mirar toda la realidad como lo que ella es.

Finalizo insistiendo, lector, en que el gran libro que tienes en tus manos no solo está escrito para adquirir conocimientos, sino para beberlos y vivirlos a sorbos cortos; un manantial para parar y detenerse, para respirar sus contenidos pausando a veces su lectura en un continuo abrir y cerrar o subrayar. Un excelente libro, sí, para saborear el Uno que en todo y todos posee un Único sabor. Así es; por lo menos así yo lo veo. Y así espero que lo veas y lo leas.

Dejemos ya a Manuel López Casquete la palabra.

—Rafael Redondo Barba
Bilbao, invierno de 2021

Prefacio

Recibe este libro, querido lector, como un canto al silencio.

El silencio nos permite afinar el oído hasta escuchar el sonido de lo más sigiloso, como el de una acequia. El silencio nos permite atisbar la pureza de la acequia y su discurrir lento, que es expresión del manantial del que brota; un manantial que es como una presencia sobrecogedora, pura e intacta, inalcanzable y a la vez omnipresente. Una presencia única que todo lo sostiene, y que vibra, late y fluye a través de esa acequia en una tarde serena.

El silencio es la embriaguez del amor cuando se bebe la copa junto al Amigo hasta el último sorbo. La embriaguez es locura, y no menos locura es el amor que fluye a borbotones cuando la tarde se acerca a la noche, en esa hora incierta en que los luceros nos hablan de otro mundo, de una lejanía infinita que se hace punteado de plata en el cielo interminable.

El silencio es la melodía tenue, el silbo del viento, la nota sutil, sin prisa, la caña hueca que deja que el viento le inunde primero y le desborde después en forma de música, de cadencia del alma que devuelve a la morada última por donde nos mana lo eterno.

El silencio aviva en nuestro corazón un fuego que arde sin consumirse, un atisbo del Amado, una sed de eternidad que, en su insoportable indigencia, es la más dichosa ventura y la más afortunada gracia. La sed nos puso en camino. La sed nos orientó hacia la fuente en medio del desierto. La sed nos guía, nos conduce, eleva nuestro pulso hacia los hontanares del alma, esos de los que mana la acequia.

Esos que irrigan el alma y la vuelven fecunda y dichosa. Los hontanares que anegan las besanas del corazón, los cañaverales a la luz de la mañana.

El silencio es amor por el misterio, por aquello que se derrama, que sobreabunda. Por aquello que es como una rebelión contra todo lo que encorseta y atrofia, y contra todo lo que se vuelve superficial y somero. Vayamos más adentro en la espesura. Vayamos a donde nuestra humanidad más íntima abraza su dignidad y la sacralidad de la que mana.

Seamos inconformistas. Seamos el canto que se resiste a amoldarse, la danza que funde en su cadencia el abrazo de la inspiración, el abandono, el vértigo, la dulce primavera y el atardecer sereno. La hospitalidad es el sello de los que creen en el Amor. Seamos hospitalarios de la inspiración, de la expresión sencilla de la infinitud atisbada.

Aticemos el fuego, querido amigo. Que no se acomode nuestra sed, que no se apaguen nuestras ansias de infinito. Aviva el rescoldo, la delicada luz que aún brilla envuelta en cenizas. Sacude la monotonía, sacude todo lo que te invita a conformarte con no atisbar el misterio. Sacude todo lo que te adormece junto a una llama apagada. Bajo los leños humeantes aún hay luces de vida y brillo de amor. No te resignes a caminar sobre el asfalto. Aprende la vereda estrecha, la tierra roja, la sombra en la arboleda, la caricia del viento. Recuperemos lo sencillo. El pan para el hambre, el agua fresca para la sed. Busquemos lo recio y lo hondo, la autenticidad simple y última que solo en su propia fuente hallará descanso. Seamos peregrinos de lo profundo; entreguémonos sin reservas, porque *solo con medio corazón no se encuentra ese Reino*.¹

Hallémonos en los caminos, como compañeros, como aquellos que comparten el pan. Juntos transitamos el camino hacia la fuente. La llama que ha quemado de dulce herida nuestras entrañas es la misma, y en ella reconocemos el mismo fuego que nos ha ungido

1. RUMI EN GALINDO AGUILAR, E. (2002). *La experiencia del fuego*. Madrid: Darek-Nyumba, pág. 37.

desde siempre y para siempre. *Aunque los caminos son numerosos, la búsqueda es siempre la misma.*² Sentémonos, por tanto, juntos alrededor del fuego. Escuchémonos con el corazón abierto, como escucha la tierra bajo el arado.

Seamos alfareros, porque solo con las manos podemos acariciar el misterio, y solo eso podemos compartir. Nos sobran teorías y dogmas. Nos falta la caricia de la brisa porque a su silbo delicado nos visita la Presencia sagrada ante la que descalzarnos. Vacíos de todo, abracemos el brillo primero de las cosas, la ultimidad infinita de la que son expresión, porque todo puede ser ocasión de encuentro con la sacralidad, con el fondo primordial del que todo brota y en el que todo es sostenido.

Abracemos la vida, el vértigo, la inmensidad de este instante, su infinito trasfondo, su eco de eternidad. No perdamos la vida recorriendo sendas que nos alejan de nuestro centro. Si hemos de ser inspiración para otros, seámoslo. Y si no, aprendamos a ser flauta silenciosa. Aprendamos a pasar inadvertidos, a estar sin ser notados, a abrazar la única plenitud posible que es la desnudez del corazón, la luz del alma, el crujir del leño cuando el fuego lo atraviesa y lo reviste entero de brillo, el relámpago sin trueno que enciende la nube.

Apasíonate por el desierto, por sus costumbres primitivas, por mirar la luna adormilada sobre las dunas en la inmensidad de tu paisaje interior. Apasíonate por llegar hasta el fondo, hasta la médula misma de tu propia vida, que es la Eternidad.

2. RUMI EN GALINDO AGUILAR, E. *ibíd.*, pág. 35.

1

El viaje más largo del mundo

La historia de nuestra existencia es un relato tan antiguo que parece un eco de la eternidad. Un relato que se remonta hasta los albores mismos del Universo, hasta los albores de todo aquello de lo que alguna vez hayamos oído o sabido.

La teoría más aceptada por la Astrofísica afirma que el Universo surgió de una gigantesca explosión de materia y energía sucedida hace casi 14.000 millones de años en unas condiciones extremas, inimaginables para nosotros. Y durante aproximadamente 500 millones de años, la materia surgida de aquella explosión fue paulatinamente enfriándose y estabilizándose hasta alcanzar las formas químicas que conocemos. Desde entonces esa materia ha viajado por las inmensidades del cosmos dibujando colores, esferas, nebulosas, órbitas, acaso formas de vida desconocidas, y sigue viajando por el espacio inabarcable como una extraordinaria y luminosa danza.

Si esta teoría es cierta, aquel momento inicial fue el germen de los millones de galaxias, estrellas, cometas, y también de nuestro planeta, y de todo lo que nos es cercano y querido: los paisajes de la campiña en el verano, los trigales, la traza azulada de los cerros, los chopos y los vencejos. Todos y cada uno de los átomos que componen el Universo, y también nuestro planeta, y todos y cada uno de los átomos que componen tu cuerpo y el mío en este preciso instante, querido lector, quedaron formados hace más de 13.000 millones de años y han viajado por el Universo desde entonces. Somos el momento presente de un larguísimo viaje, el viaje más largo del mundo.